**Jueves III de Pascua**

30 de abril de 2020

Hech 8, 26-40  
Sal 65  
Jn 6, 44-51

*P. Eduardo Suanzes, msps*

Para formarnos una idea de la primitiva Iglesia tiene especial importancia la conversión del tesorero etíope. Por medio de él el mensaje de Cristo es transmitido hasta la lejana África, más allá del sur de Egipto. Es otro ejemplo del irresistible curso de la palabra a través del mundo. La palabra sigue todos los caminos, incluso la ruta desértica que conduce desde Jerusalén a Gaza. Y el que conduce la palabra es el mismo Dios, su ángel, su Espíritu.

En este episodio, lo que se nos ofrece es un símbolo unitario de fecundidad que gobierna todo el relato.

Si nos fijamos bien, Felipe se lanza a un camino «poco transitado», un «*camino desértico*» entre Jerusalén y Gaza; pues bien, al final, después de haber recibido en el corazón la Palabra, en ese camino por el que avanza el etíope brota una «*fuente de agua*» vivificante. Además, para el funcionario, el libro que estaba leyendo era incomprensible, pero después brota un sentido que ilumina y transforma su vida toda; y, por último, el eunuco (porque se trata de un estéril, que no sé por qué liturgia no indica) símbolo de una vida infecunda y castrada recobra la vida nueva[[1]](#footnote-1).

Se nos dice que el funcionario portaba un pergamino del libro de Isaías que iba leyendo. Quizá adquirida esa copia en Jerusalén de donde viene de una peregrinación. La va leyendo en voz alta, como era costumbre hasta que se inventó el leer mentalmente. Es interesante que se nos diga que la explicación de las escrituras por parte de Felipe al nubio parta de un texto de Isaías que remite a la Pascua de Jesús. Esto no es casual: y es que solo la muerte y resurrección de Jesús son la clave de interpretación para la inteligencia de del AT. Este episodio es muy similar al que ya Lucas, que ahora escribe los Hechos, escribió en su Evangelio con los de Emaús. No confiesa aquí el extranjero que «le arda el corazón», como hicieran los de Emaús, pero cuando divisa un torrente por el camino, pide el bautismo con una expresión modesta: *« ¿qué impide bautizarme?»* Detrás de esta pregunta los estudiosos adivinan las dificultades por las que atravesaban las primeras comunidades frente a la conversión y aceptación en sus comunidades de los extranjeros, eunucos y habitantes de cortes reales. Lucas responde, pues, que el gesto de Felipe es cosa de Dios, de su Espíritu.

En el Evangelio, Jesús responde a los judíos que para acercarse a él hay que dejarse empujar por el Padre. Pero ellos no reconocen que Dios es Padre y que se inclina con misericordia hacia la humanidad. Ese es el motivo de su resistencia[[2]](#footnote-2). El Padre empuja hacia Jesús, porque éste es su don, la expresión de su amor, de su misericordia a la humanidad. Ellos, ***que no se interesan por el hombre***, ***no esperan ese don*** ni lo desean. Es decir: es imposible reconocer a Dios como Padre, y experimentarlo como tal, si no existe en el hombre la capacidad de la misericordia hacia el hermano. Ahí es donde debemos poner atención, porque ***ese es el criterio***. La actividad de Jesús en favor de los oprimidos no les interpela, siendo que es el único criterio para entender quién es Jesús, su misión divina y la presencia del Padre en él. Atrincherados en su teología, apartada de la misericordia hacia su prójimo, les es imposible ser dóciles a Dios, y, por lo tanto, aceptar a Jesús.

La resurrección era admitida y defendida por la escuela farisea, como premio a la observancia de la Ley. Jesús afirma que no depende de esa observancia, sino de la adhesión a él. No hay más resurrección que la que él da y que va incluida en la vida que él comunica. Él es el único que dispone de la vida, porque sólo Él es el Pan de Vida.

Después dice Jesús: «*Pues sí, les aseguro: El que cree posee vida definitiva*». Es decir, que el efecto de la adhesión personal a él es para el hombre una nueva calidad de vida, que, ***por su plenitud, es definitiva***. El hombre se realiza, colma sus aspiraciones de plenitud, por la adhesión a Jesús. Pero la vida definitiva no indica solamente, ni en primer lugar, una duración indefinida, sino una ***calidad nueva***. Su duración sin fin es consecuencia de esta nueva calidad, por ser vida que pertenece al mundo definitivo, la vida de la creación ya terminada. Por eso Jesús como pan de vida, si, por una parte, se contrapone al maná, por otra se contrapone también a la Ley, que, como fuente de vida, era llamada «pan» cuya observancia, según la doctrina rabínica, aseguraba la vida para el mundo futuro. Era la Ley el pan ofrecido por la Sabiduría y el maná daba vida en este mundo, la Ley para el mundo futuro. Jesús, como pan, comunica al hombre desde ahora la vida propia del mundo definitivo.

Jesús les está avisando. Son ellos ahora los que no escuchan al Padre y por eso no se acercan a él. El Padre ofrece el nuevo pan, que es Jesús. Sólo quien lo come alcanzará su meta. La asimilación a Jesús (*comer*) evita el fracaso del hombre.

1. Cfr. Luís Alonso Schöckel. *Biblia del Peregrino. Edición de Estudio. Vol III. Nuevo Testamento*. Ed. Verbo Divino. Estella (Navarra). [↑](#footnote-ref-1)
2. Juan Mateos y Juan Barreto. *El Evangelio de Juan. Análisis lingüístico y comentario exegético*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1982 [↑](#footnote-ref-2)